

ÚLTIMA SALIDA

Las humanidades
y la crisis climática

Sergio Missana



ÚLTIMA SALIDA

Las humanidades
y la crisis climática

Sergio Missana



LAUREL

ÍNDICE

ENTRADA	
Carretera al infierno	11
EMERGENCIAS	
Las semillas del tiempo	27
ESCENARIOS	
Pájaros en la mina	65
ENCANTAMIENTO	
Lo que queda de las humanidades	111
EVOLUCIÓN	
Recuerdos del futuro	159
REFERENCIAS	213

ÚLTIMA SALIDA

Las humanidades
y la crisis climática

Para Maya, Luis y Sofía

ENTRADA

Carretera al infierno

En la película de ciencia ficción distópica *Escape de Nueva York* (1981), la isla de Manhattan, un sumidero de degradación y violencia, ha sido cercada por un muro y convertida en una prisión. Se trata, como en *A puerta cerrada* de Sartre, de un infierno del que no hay escapatoria. En su portal de acceso bien podría constar la inscripción «Abandonen toda esperanza quienes entren aquí». A medida que nos adentramos en el Antropoceno, una nueva era geológica marcada por las consecuencias a escala planetaria de la actividad humana, es posible que estemos transformando toda la Tierra en una prisión inescapable. No obstante los esfuerzos de un puñado de billonarios megalómanos por explorar rutas de escape hacia el espacio, de momento no contamos con un planeta B u otra alternativa viable a medida que nuestro experimento de industrialización, explosión demográfica, extractivismo y degradación

ambiental nos conduce a un callejón sin salida. El curso actual es fruto en gran parte de las anteojeras mentales que Doris Lessing llamó las «cárceles en las que elegimos vivir».¹ Ha llegado el tiempo de cosechar lo que hemos sembrado, la «era de las consecuencias». Nos dirigimos como lemmings al abismo, no por culpa de la tecnología sino, ante todo, a causa de dinámicas sociales, económicas y políticas.

¿Pueden las humanidades contribuir a trazar vías alternativas? ¿Pueden ofrecer orientación cuando la humanidad corre el albur de desaparecer (de perpetrar un omnicidio) o de trascenderse a sí misma hacia una condición posthumana? ¿Pueden aportar herramientas para revelar aristas insospechadas de la crisis civilizatoria en circunstancias que ellas mismas se encuentran en una crisis profunda, desfinanciadas, ideologizadas, burocratizadas, desprovistas de la vitalidad que anima a la innovación tecnológica? ¿Pueden iluminar los procesos de emergencia, prepararnos para el surgimiento de lo imprevisto, dotarnos de flexibilidad y resiliencia? ¿Tienen la capacidad de atenuar o revertir el fracaso de la imaginación que subyace a la inminente catástrofe climática?²

¹ Lessing, *Las cárceles que elegimos* (2018).

² Amitav Ghosh, *The great derangement: Climate change and the unthinkable* (2016).

Es un lugar común declarar que un ensayo busca proponer interrogantes antes que ofrecer respuestas; esa actitud traspasa las páginas que siguen por defecto, ya que tienden líneas exploratorias hacia un territorio desconocido: el futuro. Borges escribió, acaso vislumbrando un porvenir más allá del *Homo sapiens*: «¿Qué soñará el indescifrable futuro?... Soñará que veremos con todo el cuerpo, como quería Milton desde la sombra de esos tiernos orbes, los ojos». ³ Las páginas que siguen pueden leerse como un «ensayo sobre la ceguera» en torno al porvenir. Esbozan una reflexión sobre el futuro que excluye la profecía, que asume la incertidumbre ante lo que nos depara. Se proponen examinar esa incertidumbre coexistiendo con ella, no hilvanar un argumento o defender una tesis enfática.

En toda cultura conviven, en compleja interacción, elementos emergentes, dominantes y residuales. Nuestra interfaz con el futuro radica en los procesos de emergencia, el mecanismo mediante el cual lo inesperado se despliega ante nosotros. Los fenómenos emergentes son múltiples,

³ Borges se refiere al poema de John Milton «La ceguera de Sansón Agonista», incluido en (1671): «Dado que la luz es tan necesaria para la vida, / Y casi la vida misma, si es verdad / Que la luz está en el alma, / En todas partes; ¿Por qué la vista / Fue confinada a ese delicado orbe, el ojo?». Alude al poema en «Alguien soñará» (*Obras completas*, 1974).

se encadenan en una complejísima trama de eventos interconectados. Cada individuo o agente actúa obedeciendo a su interés o convicción personal, dentro de un rango de percepción limitado, desconociendo las consecuencias a largo plazo de sus acciones. ¿Dónde se ubican los puntos de contacto con el futuro? ¿Cuándo? ¿En manos de quién? ¿Qué grado de agencia tenemos (tienen o tendrán algunas) en configurar lo que se avecina? ¿El futuro simplemente se nos vendrá encima?

Se afirma que nos encontraríamos en un interregno, un compás de espera, una época de transición en que un orden político y social ha alcanzado su fecha de caducidad y aquel destinado a reemplazarlo –en forma de nuevos pactos sociales y entornos tecnológicos– aún no acaba de manifestarse, de emerger. Los Estados-naciones parecen ocupar un lugar residual, son conjuntos de instituciones y ritos fosilizados, incapaces de contrarrestar la hegemonía de un puñado de corporaciones que no están sujetas a los contrapesos tradicionales de la política, con graves implicancias para el planeta.

Las ideas emergentes surgen casi siempre en lugares insospechados, las defienden agentes desprovistos de autoridad y prestigio, se enfrentan a una formidable resistencia del *statu quo* hasta que, sorpresivamente, casi por arte de magia, ganan terreno, llegan a un punto de inflexión, se

imponen como dominantes. Sus exponentes ganan prestigio, se instalan en espacios de poder y muchas veces se dedican, a partir de entonces, a resistir otras ideas innovadoras, surgidas en espacios insospechados, defendidas por personas y grupos sin aparente autoridad.

Ese avance o decurso se da, en el terreno político, en forma de un tira y afloja, un permanente conflicto en que las elites conceden privilegios con cuentagotas, a medida que se ven forzadas a hacerlo, movilizándolo todo su poderío para resistir el empuje de quienes las ponen en jaque. Un ejemplo flagrante de ello es la cuestión climática, que es en último término una crisis de gobernabilidad, una demostración de la obsolescencia del antiguo régimen marcado por la democracia partidista, el Estado-nación y el capitalismo tal como los conocemos. La gran paradoja sobre el cambio climático es que, desde un punto de vista técnico, tiene fácil solución. Bastaría con impulsar una transición a gran escala a las energías renovables, a una velocidad acorde con los tiempos de una economía de guerra. El principal obstáculo para ello son los intereses de la poderosa industria de los combustibles fósiles.

La evolución política ha estado complejamente trenzada con una evolución ética, como ilustran, entre otros, los movimientos en pos del sufragio femenino o el matrimonio igualitario. En muchas instancias, las transformaciones

políticas siguen la estela de la ética. En algunas ha ocurrido al revés: los intereses políticos se reflejan en cambios valóricos. Un ejemplo de ello fue la emergencia a finales del siglo XIX del capitalismo de consumo, que transformó a los trabajadores en potenciales consumidores de los bienes que producían. Lo acompañó una vuelta de tuerca que hizo del consumo una virtud en igual medida que antes lo había sido la frugalidad. Una «virtud» que el planeta ya no puede sostener.

El mecanismo mediante el cual lo emergente deviene dominante y luego residual se traduce, en el terreno ético, en las discontinuidades del *zeitgeist*, el espíritu de la época, aquello que en cada momento histórico se da por sentado. Tenemos una relación visceral con nuestras convicciones en el plano moral. Nos parecen universales. Pero hasta los valores más arraigados son transitorios. Fenómenos que en una época parecen obviamente estar comprendidos dentro del ámbito moral pasan con el tiempo a considerarse cuestiones meramente prácticas, y viceversa. El *zeitgeist* se disputa, es fruto de una pugna entre sensibilidades emergentes, dominantes y residuales, se transa a lo largo de una frontera que unos empujan y otros resisten. Más que la conducta (marcada a fuego por las luces y sombras de la naturaleza humana), lo que evoluciona son los estándares que rigen esa conducta. La percepción de universalidad